

Silencios deliberados, silencios falsos: La Condamine y la cacería de fábulas en el siglo XVIII

ALEJANDRO QUIN

HACIA EL FINAL de la *Relación abreviada de un viaje hecho por el interior de la América meridional* (1745), el geógrafo francés Charles de La Condamine cuenta que yendo para el puerto de Cayena (hoy Guyana francesa), donde finalmente se embarcaría hacia París tras casi un año de navegación por el río Amazonas, se vio obligado a detener su comitiva por siete días debido a las mareas bajas. Durante ese tiempo muerto en el que sus remeros «no tenían otra ocupación que la de ir a buscar agua salobre, hundiéndose en el légamo hasta la cintura», el curioso científico aprovecha para completar sus observaciones sobre la variación de la brújula en el Cabo Norte. La descripción del repentino impasse se cierra con un breve comentario de inusitado contenido poético: «Mi Canoa, encallada en limo endurecido, se convirtió en un observatorio sólido» (La Condamine, 121).

La imagen no sólo ilustra el proceso de auto-escenificación de La Condamine en el texto, cuyo tropo recurrente será la serenidad estoica y el desprecio del hombre de ciencia frente a los aconteceres de la vida cotidiana. También revela una nueva orientación hacia el mundo que le permite al científico transformar figurativamente un valor de uso inscrito en las prácticas sociales y simbólicas de los indígenas de América (la canoa) en el espacio privilegiado por la modernidad para la producción de conocimientos sistemáticos (el observatorio). La descripción, además, funciona como una alegoría del cambio epistemológico que hizo posible, sobre todo en las sociedades del norte de Europa, el tránsito de una mentalidad renacentista todavía anclada

en vínculos tradicionales a una visión de mundo progresivamente secularizada cuyo vocero y ejecutor más eficaz sería la ciencia moderna. ¿Qué sucede cuando este tránsito es puesto en marcha en territorios escasamente incorporados al imaginario europeo, como era el caso de la cuenca amazónica en el siglo XVIII? ¿Cómo penetra la ciencia en un espacio del que solo se conocen historias fabulosas que aterran y fascinan a la conciencia popular, y que, además, está determinado por la dominación colonial de dos imperios en decadencia como el portugués y el español?

Aparte de implantar un nuevo discurso y las nuevas prácticas (a veces violentas) que le son consustanciales, la parada forzosa de La Condamine en la ruta de Cayena muestra de manera ejemplar el hilo que une a las exploraciones científicas dieciochescas con las relaciones asimétricas de poder de que dependía el colonialismo en América. Para que el científico pudiera abstraer su mirada del mundo circundante y entregarse a la tarea eufórica de la observación, era imprescindible contar con una base mixta de trabajadores generalmente conformada por esclavos e indígenas asalariados que ya el capitalismo incipiente del momento comenzaba a proletarizar. La mención a los «desocupados» remeros que van en busca de agua salobre, mientras La Condamine mide y observa, no es sino un ejemplo minúsculo de esta dinámica.

Pero la complejidad de la *Relación abreviada* no solo reside en esa «puesta en escena» de las formas de explotación típicas del momento histórico en que fue escrita o de la entrada triunfante de la episteme científica moderna en los territorios menos explorados del continente americano. Habría que añadir también la naturaleza transicional y todavía heterogénea del texto, que lo lleva a intercalar acaloradas discusiones sobre la credibilidad de la leyenda de Las Amazonas o sobre la existencia de El Dorado, en medio de extensas descripciones geográficas y de tediosos datos sobre la altura del barómetro o las variaciones térmicas en una zona determinada. Es esta heterogeneidad del texto la que me parece interesante explorar, porque si bien resulta ambiguo que aún se encuentren allí rastros de las fabulas renacentistas de los primeros exploradores, se trata de una ambigüedad condenada a ser resuelta.¹

1. Mi alusión al concepto de heterogeneidad con respecto a la *Relación abreviada* se ciñe principalmente a una definición simple de lo heterogéneo como algo compuesto de elementos de naturaleza diferente. No intento, por lo tanto, inscribir mi análisis en la fructífera discusión de la heterogeneidad en las literaturas latinoamericanas iniciada por Antonio Cornejo Polar, si bien en muchos aspectos lo aquí presentado toca y presupone algunas de las conclusiones adelantadas por el crítico peruano. Según Cornejo Po-

Mary Louis Pratt sostiene que la *Relación abreviada* repite el drama de supervivencia de las expediciones del siglo XVI realizadas por Francisco de Orellana, Walter Raleigh y Lope de Aguirre en el río Amazonas, y que en ella la selva sigue siendo un lugar peligroso y fascinante, esto es, un rincón del mundo donde la realidad del mito subsiste (20). Hay que agregar, sin embargo, que La Condamine le da cabida al mito en su narración sólo en la medida en que ello le permite escenificar la destrucción de éste a manos del aparato crítico de la racionalidad moderna. En este sentido, la *Relación abreviada* es también un ajuste de cuentas con las crónicas del siglo XVI, aunque al final no pueda evitar contagiarse de la atrayente fascinación que rodea aquello que intenta disolver. Quizás el elemento que mejor articula ese carácter heterogéneo y transicional sea el complejo de silencios diseminados a lo largo del texto, es decir, aquello que La Condamine decide callar o contener explícitamente. Es en el silencio deliberado y, especialmente, en los «silencios falsos» —aquellos momentos cuando el autor advierte que no hablará de un tema determinado sobre el que, sin embargo, termina extendiéndose en el mismo instante en que hace la advertencia— donde convergen dialécticamente la nueva orientación científica que describe al mundo en el lenguaje de los números y las mediciones, y aquella todavía anclada en una visión mágica de la realidad. En otras palabras, ¿cómo leer en los silencios del texto de La Condamine el ajuste de cuentas de la razón moderna con su pasado inmediato y cuáles son las implicaciones de este «ajuste» dentro de la alteridad propia de la circunstancia colonial en la que se genera el texto?

La expedición en la que participó La Condamine fue uno de los eventos científicos más importantes del siglo XVIII. Su objetivo era saldar de una vez por toda la disputa iniciada por Newton y Descartes sobre la forma de la tierra.² ¿Era ésta redonda o achatada hacia los polos? Financiada por la mo-

lar, el carácter heterogéneo de las literaturas latinoamericanas se define por la relación desigual entre el sistema de producción y consumo del texto (dominante y circunscrito a los géneros de expresión cultural occidental) y el referente (que por lo general está por fuera o tiene una relación ambigua con la tradición occidental: el indígena, por ejemplo). Esta asimetría está entonces presente tanto en las crónicas de exploración como en la literatura indigenista y el realismo mágico. Ver Cornejo Polar (104-109). Sin duda, el texto de La Condamine responde también a esta dinámica.

2. El otro suceso que tendría una importancia capital durante el siglo XVIII y los siglos subsiguientes sería el sistema de clasificación de plantas ideado por Lineo, el cual tendría repercusiones en diversas ramas científicas, ya que el esquema de las clasificaciones

narquía de Louis XV, la empresa consistió en enviar dos grupos de científicos para hacer las mediciones de los grados terrestres en dos lugares diferentes del globo: la región glacial del norte y la zona ecuatorial. Si la expedición que viajó al norte fue exitosa y efectiva, la de La Condamine resultó ser un completo fiasco. Sería demasiado complicado referir aquí la comedia política y las innumerables complicaciones que condujeron a su fracaso; basta mencionar que el grupo se desintegró, que algunos expedicionarios murieron, y que La Condamine sólo pudo regresar a Francia diez años después, cuando la disputa ya era historia y se había resuelto a favor de Newton.

Con todo, en términos de la reacomodación del mapa político europeo la expedición de La Condamine ponía de manifiesto un cambio en las relaciones de España con sus vecinos. El solo hecho de que un grupo de científicos franceses hubiera obtenido permiso para llevar a cabo observaciones en las colonias españolas de América, tradicionalmente cerradas al escrutinio del ojo extranjero, implicaba un adelanto para los intereses políticos y comerciales que Francia e Inglaterra, las potencias emergentes, tenían en la región. Si durante la hegemonía de los Habsburgo España había puesto todos sus esfuerzos en esconder de posibles espías internacionales las riquezas materiales de sus territorios de ultramar, la orientación de Felipe V, primer rey de la Casa de Borbón, parecía más laxa a este respecto, aunque no del todo carente de sospecha. Por algo ordenó que se adjuntaran dos tenientes de navío –Jorge Juan y Antonio de Ulloa– a la expedición francesa, a manera de veedores encargados de supervisar cada movimiento de los expedicionarios.³ La Condamine incluso hace una breve referencia al comienzo de su relación sobre un proceso legal en el que terminó inmiscuyéndose a causa de una inscripción que hizo poner en las dos pirámides que señalizaban los límites de sus medidas, la cual había sido considerada por los dos tenientes como «injuriosa a su Majestad Católica y a la nación española» (12). Obviamente, el autor se exime de entrar en los detalles del engorroso incidente, pero su sola mención indica hasta qué punto las expediciones científicas de la época estaban atravesadas por complejos intereses geopolíticos que distaban bastante de los presu-

comenzó a ser aplicado no sólo a las plantas sino a cualquier objeto o ser existente, incluyendo, como es obvio, al ser humano. Ver Pratt (24-37).

3. Más tarde los mismos Juan y Ulloa publicarían varias relaciones sobre la expedición, entre las que se destacan las *Noticias secretas de América*, firmada por ambos autores, y el *Viaje a la América meridional* de Ulloa.

puestos de imparcialidad y de amor al conocimiento queregonaba la ciencia. El júbilo de La Condamine al comentar que mientras que, por un lado, los ejércitos de Louis XV se esparcían por varios puntos de Europa, por el otro, «sus matemáticos, dispersos por la superficie de la Tierra, trabajaban bajo las zonas Tórrida y Glacial por el progreso de las ciencias» (1), es indicativo no de la sapiencia y altruismo del monarca francés, como pretende el autor, sino de un expansionismo programático en el que la guerra y la producción de conocimientos desempeñaban funciones específicas.

Es bastante probable que al escribir la *Relación abreviada* La Condamine tuviera la oculta intención no sólo de justificar lo que a todas luces había sido una infortunada experiencia, sino especialmente de proteger su nombre y reputación como hombre de ciencia (objetivo que logró, a juzgar por la popularidad que tuvieron sus relaciones y escritos). Importa tener esto en cuenta porque explica el estilo en el que está escrito el texto, el cual debía satisfacer los estándares de la audiencia académica, pero también ser accesible al público no especializado. Por eso en la introducción el autor dice que ha tratado de mantenerse en un «término medio» (lo que en parte explicaría la curiosa intercalación de leyendas y datos científicos), aunque igualmente confiesa con cierta consternación que «no [ha] tenido libertad de guiar al lector indiferentemente a través de todos los objetos propios para halagar su curiosidad» (5).

Ya aquí está presente lo que en última instancia es la dinámica esencial del texto entre lo narrable y lo que debe ser ocultado. La ciencia, cuya función es demostrar y enseñar, debe someter aquello que estudia a límites estrechos, reduciendo el campo de la visión hasta el punto de que el objeto escrutado, cualquiera que éste sea, pueda ser subsumido en las variables a priori del entendimiento (espacio y tiempo) o en las categorías de la lógica formal. El silencio deliberado de La Condamine acerca de las cosas que podrían «halagar la curiosidad del lector», i.e., aquellas narraciones fantásticas sobre América a que el lector europeo de siglos anteriores estaba habituado, muestra ya el cambio de orientación del siglo XVIII hacia el formalismo cientifista. En *Las palabras y las cosas*, Foucault señala que

[e]n sentido estricto, puede decirse que la época clásica se ingenió sino para ver lo menos posible, sí para restringir voluntariamente el campo de su experiencia. La observación, a partir del siglo XVII, es un conocimiento sensible repleto de condiciones sistemáticamente negativas. (133)

Cabría agregar que en este modelo de aproximación a la realidad los conocimientos sensibles tienden casi a desaparecer en la medida en que su validez depende del juicio que sobre ellos emita el Tribunal de la Razón. Los sistemas empirista y racionalista de la filosofía occidental se diferencian sólo en el método, en tanto sus demostraciones pueden proceder inductiva o deductivamente, pero la posibilidad misma de la demostración depende de los principios de la lógica formal, en los cuales el consenso entre ambos sistemas es total. El empirismo podía alegar que la fuente de todo conocimiento era la experiencia; pero se trataba de una experiencia cercada por las exigencias de las clasificaciones y las jerarquías conceptuales, una simple «materia en bruto» que debía ser ordenada siguiendo los postulados de la lógica (los principios de causalidad y contradicción, por ejemplo) para que pudiera ser tenida como conocimiento. Como señala Foucault, antes de la época clásica conocer algo (planta, animal, ser humano, etc...) implicaba explorar una compleja red semántica que incluía descripciones de sus órganos, semejanzas y contrastes con otros elementos, leyendas en las que figuraba, opiniones de antiguos y modernos, heráldica, etc... (129). Con el surgimiento del nuevo paradigma, en cambio, se termina dejando de lado todo aquello que no se amoldaba a las leyes de la sistematización, para lo cual poco importaba si ésta era el producto de postulados racionalistas o empiristas.

La restricción del campo de la experiencia es una de las características esenciales del cambio epistémico que se está operando en la conciencia ilustrada de la época y que tan bien ilustran los silencios deliberados de *La Condamine*. En otro pasaje se narran los detalles de la llegada a la misión española de San Joaquín donde habitaban los omaguas, una tribu que había sido recientemente evangelizada por misioneros jesuitas, y cuyo conocimiento de las plantas del lugar asombra a *La Condamine*, aunque el autor se abstiene de entrar en detalles:

No pienso hablar aquí sino del trabajo que exigiría la exacta descripción de estas plantas y su clasificación en clases, géneros y especies. ¿Qué sería si entrara en el examen de las virtudes que atribuyen a muchas de ellas los naturales del país, y que es, sin duda, la parte más interesante de un estudio semejante? (53).

No obstante el manifiesto interés, *La Condamine* prefiere guardar silencio sobre un tópico que para los cronistas españoles del siglo XVI constituía un suculento manjar de significaciones cuya implicación ontológica in-

mediata era la lucha entre el bien y el mal, y cuyas ramificaciones políticas involucraban desde el avance del colonialismo evangelizador de la Corona española hasta el fulminante poder represivo de la Inquisición. Porque si hay algo que fascinaba y aterrorizaba a los primeros exploradores, entre otras cosas, era el conocimiento complejo que los indígenas tenían de las plantas y la utilización que hacían de ellas en diversas prácticas simbólicas. No hay sino que recordar el desconcierto que le produjo al cronista oficial de la corona de Castilla en la primera mitad del siglo XVI, Gonzalo Fernández de Oviedo, la visión asombrosa de los caciques taínos fumando tabaco, planta a la cual le dedicó varias páginas en su extensa *General y Natural Historia de las Indias*. La Condamine, por el contrario, renuncia voluntariamente al entramado de prácticas simbólicas que los omaguas tejen alrededor de las plantas en aras de un conocimiento clasificatorio y sistemático.

¿Cómo modifica este paradigma epistemológico la recepción de las crónicas de viajes, un género ya por entonces bien establecido? Jorge Cañizares Esguerra sostiene que la verosimilitud de las crónicas de viajes de la época renacentista estaba fundada en dos factores: la posición social de quien escribía y su calidad de testigo ocular. Los relatos de viajeros eran creíbles porque se asumía que en ellos un cronista-testigo había consignado experiencias de primera mano adquiridas en el contacto directo con gentes y lugares de otras latitudes. Sin embargo, a mediados del siglo XVIII el criterio de evaluación se había desplazado al campo de la lectura crítica y filosófica de los hechos reportados (Cañizares Esguerra, 336-337). Ya no importaban tanto ni la posición social ni el hecho de que el cronista hubiera sido testigo de lo narrado; lo que se buscaba era que su reporte fuera coherente, creíble, verificable; que, en fin, no violentara las leyes de la lógica ni se interpusiera en la ruta por donde la ciencia avanzaba lenta pero segura. El fallo sobre la veracidad o falsedad de una crónica estaría a cargo de los sabios de las recientemente fundadas academias científicas, quienes quizás no habían salido nunca de sus ciudades ni pensaban hacerlo, pero que contaban con el poder infalible del silogismo y la geometría, ante el cual todo lo experimentado, todo lo observado, debía doblegarse. Sería el filósofo holandés Cornelius De Paw, discípulo lejano de La Condamine y compilador de crónicas de viajes, con quien más tarde este «arte de leer» (Cañizares Esguerra, 448) adquiriría el estatus de autoridad incontestable.

Los efectos se sintieron muy pronto en las crónicas de viajeros y misioneros escritas durante la segunda mitad del siglo XVIII, en las cuales, al

menos para el contexto americano, comenzaba a aparecer un manifiesto desprecio hacia las relaciones de exploradores españoles, quienes evidentemente no habían llegado a dominar el nuevo arte. Aunque vinculadas a un contexto geográfico distinto, las *Noticias de la península americana de California* del misionero alemán Juan Jacobo Baegert resultan pertinentes para ilustrar este punto. En el prólogo Baegert cuenta que para escribir su obra tuvo que consultar un texto previo publicado en Madrid, el cual, a juzgar por sus numerosas traducciones al inglés, al francés y al alemán, gozaba de canónica reputación como fuente de información sobre la península californiana. No obstante, el misionero confiesa con orgullo no haberse valido del mencionado texto para la composición de sus *Noticias*, debido a que

[l]os señores españoles gustan de escribir tomos gruesos y llenarlos algunas veces con toda suerte de descripciones y datos innecesarios, traídos por los cabellos y exagerados por medio de palabras rimbombantes [...] ¿para qué sirven introducciones ampulosas, casi para cada capítulo? ¿para qué larguísimos e insípidos cuentos y ceremonias de los que en Inglaterra, Francia y Alemania, nadie hace caso? (4-5).

En otras palabras, Baegert, como representante de un área geográfica donde el giro hacia la racionalidad moderna se hallaba mejor configurado, no podía dar crédito al testimonio de los voceros de la anquilosada mentalidad española, quienes no habían aprendido a reducir el campo de la experiencia y, por lo tanto, consideraban aún pertinente incluir «datos innecesarios» e «insípidos cuentos» en sus reportes. Más demoledoras todavía resultan las declaraciones de Joseph Och, otro misionero alemán radicado en el área de Sonora, para quien «[t]he first conquerors of America were much less rational than the most ignorant indians»⁴ (119). Och no sólo deducía esto del trato inhumano que los españoles les propinaban a los nativos de la región, sino también del hecho, en su opinión evidente, de que el contacto con los españoles degeneraba aún más la naturaleza primitiva del indígena:

Indians who remained in their villages and had nothing to do with the Spaniards continued in their ingeniousness and knew little of deliberate sin; on the other hand, those who lived among Spaniards learned from them all the

4. «Los primeros conquistadores de América eran mucho menos racionales que los indios más ignorantes» [mi traducción].

vices, such as cursing, swearing, blaspheming, carousing, getting drunk, and so on.⁵ (136-17).

De repente los españoles habían perdido las virtudes civilizatorias con que habían justificado su expansión colonialista. La razón los había abandonado para ir a aclimatarse en los países del norte de Europa, donde hombres adiestrados en el nuevo «arte de leer» desarrollaban métodos seguros para explicar el mundo. Ante semejante panorama, lo menos que podía hacerse era condenar sus crónicas y relaciones de viajes. El explorador debía ser instruido en nuevas técnicas de lectura y escritura para evitar que su atención se dispersara en asuntos de poca valía para la ciencia.

Hacia el final del siglo, compiladores y comentaristas de crónicas de viajes empezaban a incluir consejos metodológicos para que los viajeros supieran cómo conducir sus observaciones. Así, por ejemplo, el historiador inglés William Robertson demandaba del observador un «espíritu superior a los vulgares prejuicios» que evitara «... los excesos de una admiración extravagante o de un desprecio altivo» (127). El conocimiento exacto del objeto observado exigía una imparcialidad a prueba de todo. En 1799 Joseph-Marie Degérando publica un tratado sobre metodología para la observación de los «pueblos salvajes» bajo el auspicio de la *Société des Observateurs de L'Homme*, cuyos destinatarios directos eran los científicos que viajaban en la expedición organizada por Nicolás Boudin. Degérando proponía un método estrictamente empirista que fuera de lo particular a lo general:

We should study effects before trying to go back to first principles; observe individuals before trying to judge the society; become acquainted with domestic relations inside families before examining the political relations of society; and above all we should aim at full mutual understanding when we speak to men before basing certain conclusions on the accounts that we claim to have received.⁶ (66).

-
5. «Los indios que se quedaban en sus aldeas y que no tenían contacto con los españoles continuaban en su ingenuidad y sabían poco del pecado deliberado; por otro lado, aquéllos que vivían entre los españoles aprendían de ellos todos los vicios, tales como maldecir, jurar, blasfemar, beber en exceso, emborracharse y muchos más» [mi traducción].
 6. «Debemos estudiar los efectos antes de tratar de volver a los primeros principios; observar a los individuos antes de intentar juzgar a la sociedad; conocer las relaciones domésticas dentro de las familias antes de examinar las relaciones políticas en la socie-

No hay duda de que el nuevo «arte de leer» ya hacía parte del arsenal teórico de La Condamine, y ello precisamente le permite lanzar una mirada crítica sobre varios autores, entre quienes se destaca el Inca Garcilaso de la Vega, el autor americano más difundido en Europa durante el siglo XVI y cuyos *Comentarios Reales* retrataban, con claras referencias a la antigüedad clásica, el pasado glorioso y el alto grado de civilización a que había llegado el imperio Inca.⁷ Pero La Condamine comenta que esta descripción es contradictoria con las capacidades intelectuales y discursivas de los pueblos indígenas que va encontrando en el camino, cuyas lenguas no más son tan pobres que «...les faltan vocablos para expresar las ideas abstractas y universales, prueba evidente del poco progreso realizado por el espíritu de estos pueblos» (La Condamine, 41). Lo curioso es que en La Condamine el nuevo «arte de leer» va aparejado con su condición de «testigo», y es ahí precisamente de donde surge el carácter transitorio y heterogéneo de la *Relación abreviada*. Como viajero en un territorio que ni el imaginario científico ni el imaginario popular europeo de la época habían logrado racionalizar satisfactoriamente, el autor no puede sustraerse completamente a una realidad todavía encantada que debe experimentar como testigo y al mismo tiempo disolver como científico que domina las técnicas del raciocinio. Es en los silencios falsos del texto donde esta tensión dialéctica entre el testigo y el científico tiene lugar; allí La Condamine sucumbe momentáneamente al mundo inestable de la fábula; se traiciona a sí mismo solo para luego reencontrarse (y hacer que sus lectores se reencuentren) a la luz de las explicaciones claras de la razón. Si los silencios deliberados señalaban lo que quedaba por fuera de la narración, los silencios falsos, como una especie de contradicción performativa, le dan una presencia agónica a lo que quieren ocultar. Por ejemplo, cuando anuncia que va a hablar de las «costumbres extrañas» de los Pevas, una tribu de «antropófagos» que habitaba las riveras del río, comenta que no tocará sino aquéllo relacionado con la física o la historia natural. Sin embargo de inmediato añade lo siguiente:

dad; y, sobre todo, debemos aspirar a la completa comprensión mutua cuando hablemos a los hombres antes de sacar conclusiones con base en la información que creemos haber recibido» [mi traducción].

7. Otros cronistas y misioneros cuyas ideas La Condamine cuestiona en su texto son Antonio de Herrera, y los padres Cristóbal de Acuña, Samuel Fritz y Joseph Gumilla.

[...]por eso no describiré detalladamente ni sus danzas, ni sus instrumentos, ni sus festines [...] ni sus adornos raros de huesos de animales y espinas de pescado con que se atraviesan las narices y los labios, ni sus carrillos acribillados que sirven de vaina a plumas de pájaros de todos los colores; pero los anatómicos tal vez podrán hacer consideraciones sobre la extensión monstruosa del lóbulo de las orejas de algunos de estos pueblos [...] Quedamos sorprendidos al ver estos lóbulos de cuatro o cinco pulgadas de largo horadados con un agujero de 17 a 18 líneas de diámetro [...]. (59)

La mención a las «danzas y festines», a los «adornos raros», a las «plumas de pájaros de todos los colores» y a las orejas «monstruosas» de los indígenas reproduce pálidamente, como un eco del pasado, el tropo de América como tierra de aconteceres maravillosos; pero a medida que avanza la descripción aparecen los «anatómicos», las «pulgadas» el «diámetro» como un lenguaje que se impone al anterior y que reestablece (para narrador y lector) la confianza en que esa realidad volátil puede eventualmente ser estabilizada mediante la fría observación y las mediciones. En el silencio falso la fábula que el testigo pone en escena es prontamente aniquilada por los cálculos del científico.

Algo similar sucede cuando La Condamine entra a discutir las leyendas de El Dorado y Las Amazonas. Con respecto a la primera, el silencio falso se expresa en forma de disculpa hacia el público lector: «[o]s pido perdón para intercalar un pormenor geográfico que no puedo omitir [...] y que tal vez sirva para desembrollar el origen de una novela» (81). Luego, mediante complejas discusiones sobre el curso de varios ríos de la zona y tras intentar desenmarañar la etimología de la palabra «manoa» –pues, según la leyenda, el lago de El Dorado colindaba con una ciudad fantástica llamada Manoa– el autor concluye que no es sensato suponer que un lugar semejante haya existido jamás. Sus conjeturas, en cambio, apuntan a explicaciones razonables, como que El Dorado no era sino el producto de «la codicia y la preocupación de los europeos [aunada al] temperamento embustero y propenso a la exageración de los indios» (83-84). La discusión sobre Las Amazonas –las mujeres guerreras que Francisco de Orellana creyó haber visto en su travesía por el río y que hacían parte de la cultura popular europea por lo menos desde los antiguos griegos– tiene componentes un poco más complejos, pues ya en las primeras páginas de la *Relación abreviada* La Condamine había anunciado que hablaría de ellas «porque me ha parecido que había derecho a esperarlo de mí» (6). Cabe aquí preguntar: ¿por qué habría de esperarse que un científico hablara de algo tan

alejado de los intereses de la ciencia? ¿Acaso por el simple hecho de que todo viajero de la cuenca amazónica debía dar cuenta de aquella historia fabulosa, o, quizás, porque se guardaba la secreta esperanza de que el científico saldara de una sola vez un asunto que incomodaba a la conciencia ilustrada de la época? Lo que se esconde tras este comentario es la premura de una confirmación. La Condamine debía corroborar que, después de todo, las fábulas eran fábulas y que la nueva visión de mundo era verdadera. El gesto deja entrever un período transicional en que la ciencia moderna todavía se disputaba el terreno con los mitos y necesitaba atacarlos frontalmente para autoafirmarse. Sin embargo, La Condamine prácticamente sucumbe al magnetismo de la leyenda y por momentos parece que dejara a un lado la identidad abstracta del sujeto cognoscente de la ciencia. Pregunta por Las Amazonas a los indios, se entrevista con familiares lejanos de supuestos testigos oculares, da crédito a rumores, conjetura que las famosas guerreras pudieron haber habitado en las Guyanas. Al final la leyenda sobrevive, aunque ya no como leyenda, sino como hipótesis razonable, lo cual equivale a su aniquilación. Si alguna vez existieron Las Amazonas fue porque quizás algunas mujeres indias, cansadas del maltrato que les daban sus maridos, decidieron internarse en la selva para «sacudir el yugo de sus tiranos [...] y no hallarse reducidas a la condición de esclavas y de bestias de carga» (La Condamine 72-73).

Poco más de veinte años después de que La Condamine retornara a Europa, la esposa de Godin des Odonais, otro científico que participó en la expedición, haría el mismo recorrido por el Amazonas, pero esta vez con consecuencias trágicas. La Condamine le pidió a Godin que escribiera un relato de la desventurada travesía de su esposa. El texto, escrito en 1773, se conoce como la «Carta de Godin des Odonais a M. De La Condamine» y suele incluirse generalmente en las ediciones de la *Relación abreviada*.

Efectivamente, esta carta guarda una relación de continuidad formal con el escrito de La Condamine, ya que tanto éste como aquella convergen en la facticidad de un mismo recorrido geográfico y en la estructuración de la narración como literatura de viajes. Sin embargo, la carta contiene variantes importantes que en última instancia vulneran y resignifican el propósito inicial de la *Relación abreviada*. Ya no encontramos la voz imperturbable del científico agobiando al lector con datos infalibles e hipótesis razonables, sino el eco de la voz de Mme. Godin que se cuele en la escritura de su esposo para contar la historia que ni La Condamine ni la ciencia de la época podían darse el lujo de contar. La historia es un relato de terror, muerte, amor,

traición y supervivencia; es, en otras palabras, la reapertura de todo un campo semántico que la mirada reducida de la razón sistematizadora del siglo XVIII comenzaba a dejar por fuera y que, pese a todos los pronósticos, todavía tenía la fuerza necesaria para hacerse un lugar en medio de austeros reportes académicos.

Los sucesos que se cuentan en la carta parecen guiados por una lógica fatal. Casi veinte años habían pasado para que Godin (con ayuda de La Condamine) pudiera sortear los recovecos de la poderosa burocracia española y conseguir los permisos necesarios para que su esposa lograra emprender el viaje desde Riobamba, en el Virreinato del Perú, hasta Cayena, donde la pareja se reencontró finalmente. Pero el final feliz de la historia estuvo precedido por toda suerte de contrariedades. Primero, las cartas donde se notificaba la expedición de los permisos resultaron perdiéndose por culpa de la negligencia de un amigo de Godin, y solo después de varios años Mme. Godin llegó a enterarse de que los preparativos para su viaje hacía mucho tiempo que estaban listos. Lo demás no es sino una inverosímil sucesión de desgracias. En cierto punto el grupo de indios contratado por los viajeros decide regresar por temor al contagio de la viruela; éstos siguen ruta hasta que su timonero (otro indio) se ahoga y, entonces, ya sin guía para navegar, convienen en continuar por tierra bordeando el río. Pero pronto se pierden y el agotamiento, el hambre y los rigores del clima acaban con cada uno de ellos. Mme. Godin ve morir uno tras otro a sus dos hermanos, su sobrino y sus tres criadas. Pasa varios días en medio de los cadáveres esperando su propia muerte, pero ésta no llega y entonces la heroína emprende un ciego deambular por la selva «descalza, semidesnuda, dos mantillas y una camisa hecha jirones [que] apenas cubrían sus carnes» (La Condamine 215). La desnudez y el nomadismo, los dos atributos esenciales a que los conquistadores recurrían para calificar de bárbaros a los indios, se apoderan de Mme. Godin y denotan la pérdida progresiva de su civilización europea, su barbarización en las «tierras salvajes» de América. La heroína encanece al experimentar el horror primigenio del ser humano ante la furia irracional de la naturaleza; esa furia que la conciencia ilustrada del siglo XVIII creía tener bajo control y de la que incluso ya se había olvidado. Curiosamente es de la mano de los indios que la socorren, de los mismos sujetos que la modernidad había condenado a habitar en sus márgenes, que Mme. Godin logra emprender el camino de regreso a los confortables presupuestos de la cultura europea y a los brazos de su marido. La narración no sólo anticipa la dialéctica que el pensamiento latinoamericano del

siglo XIX establecería entre civilización y barbarie, sino que ilustra su síntesis en el triunfo del amor burgués, es decir, de la civilización.

La carta de Godin, una vez considerada parte de la *Relación abreviada*, altera el significado total de ésta. A través suyo La Condamine cuenta lo que al comienzo de su reporte había anunciado callar, y le da rienda suelta a una historia fabulosa, inverosímil, con lo cual termina tanto halagando la «curiosidad del lector» como asegurando en el plano simbólico la victoria de Europa sobre América. Así, visto desde la carta, el texto de La Condamine, en su totalidad, no es otra cosa que un gran silencio falso en el que la conciencia ilustrada europea de mediados del siglo XVIII ponía a prueba sus nuevas herramientas teóricas y limpiaba el terreno de fantasías inútiles para que la ciencia pudiera edificar libremente su visión de mundo fundada en las clasificaciones y los sistemas.

No obstante ser todavía un texto transicional, la *Relación abreviada* resuelve dentro de sí misma la contradicción que se plantea entre fantasía y razón, con lo que se consuma la entrada oficial de la ciencia moderna en la cuenca amazónica, cuyas variadas consecuencias sería imposible enumerar aquí. Quisiera solamente, para concluir, concentrarme en una de ellas. Se sabe que la leyenda de El Dorado, aquella ciudad fabulosa colmada de oro y riquezas que durante siglos varias generaciones de conquistadores buscaron infructuosamente en territorio americano, tuvo repercusiones funestas para los habitantes nativos del Continente. Muerte, esclavitud y colonización fueron la contraparte de la sed insaciable por el oro. ¿Qué resulta de la destrucción de las leyendas y los mitos? Quizás lo que Max Weber definió como el «desencantamiento del mundo» (139), es decir, la idea de que la realidad está constituida por una mecánica explicable racionalmente y no por relaciones mágico-religiosas entre sus elementos. Es interesante notar que la violencia generada por El Dorado no terminó con la desaparición de la leyenda, sino que reencarnó en la lógica utilitaria de la racionalidad instrumental capitalista, a cuyo servicio ha estado la ciencia moderna no pocas veces. Las consecuencias han sido igualmente deplorables, como la explotación despiadada y la carnicería que se consolidó a comienzos del siglo XX en la cuenca amazónica alrededor del *boom* del caucho, bajo el liderazgo de siniestras sociedades transnacionales como la Casa Arana Hermanos. La Condamine fue el primero en introducir el caucho en las academias científicas europeas; fue él también el primero en desencantar el antes fabuloso territorio amazónico. Sería ahistórico e imprudente responsabilizarlo por sucesos que se desarrollaron ca-

si dos siglos después de que escribiera su popular *Relación abreviada*. Y sin embargo su cacería de fábulas en la amazonía es un eslabón en la cadena de violencia que va de El Dorado a las caucherías. ¿Será que, como afirman Max Horkheimer y Theodor Adorno en su retrato pesimista de la racionalidad moderna, en el proceso de aniquilación del pensamiento mítico la razón ilustrada termina creando nuevos mitos? ❁

Bibliografía

- Baegert, Juan Jacobo, *Noticias de la península americana de California (1773)*, México, Antigua librería robredo de José Porrúa e hijos, 1942.
- Cañazares Esguerra, Jorge, «Spanish America in Eighteenth-Century European Travel Compilations: A New «Art of Reading» and the Transition to Modernity», en *Journal of Early Modern History*, v. 2, 4 November 1998.
- Cornejo Polar, Antonio, «Indigenismo and Heterogeneous Literatures: Their Double Sociocultural Statute», en Ana del Sarto, Alicia Ríos, and Abril Trigo, eds., *The Latin American Cultural Studies Reader*, Durham, Duke UP, 2004, pp. 100-115.
- Dégérando, Joseph-Marie, *Considerations on the Various Methods to Follow in the Observation of Savage Peoples* (1800), Berkeley, University of California Press, 1969.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *General y natural historia de las Indias* (1526), Madrid, Atlas, 1959.
- Foucault, Michel, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1993.
- Horkheimer, Max, and Theodor W. Adorno, *The Dialectic of Enlightenment: Philosophical Fragments*, Stanford, CA, Stanford University Press, 2002.
- Juan, Jorge, y Antonio de Ulloa, *Noticias secretas de América*, Buenos Aires, Mar Océano, 1953.
- La Vega, Garcilaso (Inca) de, *Comentarios reales*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1967.
- La Condamine, Charles de, *Relación abreviada de un viaje por la América meridional* (1745), Madrid, Espasa-Calpe, 1941.
- Och, Joseph, *Missionary in Sonora, The Travel Reports of Joseph Och 1755-1767*, San Francisco, California Historical Society, 1968.
- Pratt, May Louis, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, New York, Routledge, 1992.
- Robertson, William, «Estado y carácter de los americanos» (1777), *Europa y Amerindia. El indio en textos del siglo XVIII*, Quito, Abya-Yala, 1991.
- Ulloa, Antonio de, *Viaje a la América Meridional* (1748), Andrés Saumel, edit., Madrid, Historia 16, 1990.
- Weber, Max, «Science as Vocation», in *From Max Weber: Essays in Sociology*, New York, Oxford University Press, 1958.